

mucho tiempo el *Ensayo histórico sobre el proceso del P. M. Fray Luis de Leon*, en que se manifiestan su erudición, diligencia y esmero; habiendo sido recibido con aprecio por las Academias de la historia y de la lengua de Madrid.

## VIII.

Las rugientes y espumosas olas que azotan nuestras costas, antes solo surcadas por las alas de los aquilones, por la valiente quilla de las naves de Cortés fueron profanadas, y el 21 de abril de 1519 entraron en San Juan de Ulúa, donde recibió despues aquel grande hombre á los mensajeros de Moctezuma, quienes con valiosos presentes pensaron hacerlo desistir de su empresa; pero él les contestó que era embajador del mas poderoso rey del Oriente, y les pidió lo llevasen hasta la capital del imperio. Durante estas pláticas, los Indios, que nunca habían visto los trajes, las armas, los caballos y los bajeles de los Españoles, estaban extáticos de estupor, y sus pintores sacando copia de ellos. Cortés para impresionarlos mas con la fuerza de su poder hizo evolucionar á su escaso tercio, y por primera vez resonó en aquellas playas mudas, saludando el pendon desplegado de Castilla, el ronco trueno del cañon asestado contra los árboles que volaban con crujidos en mil astillas; contestaban los arcabuces como coro de aquel concierto magnífico, al que se mezclaba el relincho de los corceles que á escape maniobraban levantando nubes de polvo que se unian á las de humo; además el sonido metálico de las trompetas, los

vivas de los soldados y el rumor de las ondas. Este fué el himno animado de aquella guerra épica; la introduccion de aquel poema que escribió Cortés en la parte mas bella del Nuevo Mundo con su espada inmortal.

## IX.

El héroe era membrudo como un gladiador romano, y el color de su rostro tiraba algo al ceniciento y aplomado del humo de la pólvora de los combates: era grave pero no sañado, ni menos alegre, y si mas largo le favoreciera mas; sus miradas amorosas, pero valientes sus ojos; las barbas ralas y negras. Fuerte en los muslos y ágil de brazo, manejaba con igual destreza las armas que el caballo, y sobre todo un corazon de leon, y su inteligencia de diamante, tenia por quilates los recursos, las estratagemas, las combinaciones. Como César en su tienda de campaña, como Napoleon en su roca, escribió sus comentarios sobre los bulliciosos campamentos. Era su carácter lógico, por expresarnos así, respecto de su interés y conveniencia, pues sabia ser avaro unas veces y otras liberal, para aumentar su hacienda aquello, esto para ganarse el afecto de su tropa: arrojado hasta la temeridad y otras veces frio y prudente, todo esto en relacion del cálculo: afable con sus inferiores en el trato, mas inflexible con el deber y la disciplina: laxo para con sus pasiones en la parte de moralidad, era fanático por la religion de sus padres. Su constancia era incontrastable ante los peligros, dificultades y reveses. Nunca vacilaba. Su cuerpo era de acero con un alma de fuego.

Sus órdenes eran á veces mudas por medio del gesto, del ademan ó de la accion, ó lacónicas con la voz, pero siempre heróicas. La primera y mas célebre la da al destruir sus naves, para que la esperanza de sus soldados no se apoye en el remo sino en la espada; para que abriguen la fe ciega en la victoria, ó la estóica resignacion en la muerte: solo deben volver la espalda á un enemigo vencido. ¡Cuánto mas valiente es y grandiosa esta tácita órden general, en circunstancias mas comprometidas que la encomiada de Nelson en Trafalgar: « Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber! » La una es la accion, la otra la palabra; aquella manda y ejecuta, esta solo manda. Todos los soldados la comprendieron, y aunque vacilaron una que otra vez, la llevaron á efecto con la bravura y teson españoles.

Como no cumple á nuestro propósito, no entraremos en los pormenores de esta memorable guerra; solo describiremos algunos de sus hechos mas heróicos y de sus escenas mas originales, para comprender mejor al conquistador del Anáhuac y fundador de la Nueva España.

### X.

Cortés se lanza con cortos recursos y unos cuantos soldados al centro de un inmenso y misterioso pais sin otro mapa que la oscuridad, ni mas compás que su tacto; siendo su norte las riquezas. No comprende el idioma de aquellas tribus fieras, pero suple á su lengua la espada, y con esta se hace entender satisfactoriamente. Tropieza con los ejércitos de la república de Tlaxcala, especie de

Espartanos del Anáhuac, que al mando del bizarro Hicoteacatl le cierran el paso; pero él los bate una y otra y mas veces, hasta obligarlos á hacer alianza y marchar juntos, para rendir á sus antiguos y encarnizados enemigos los Mejicanos. Esta empresa es debida en gran parte á su habilidad política en que era consumado.

Descansa en la capital de la República, visita sus monumentos, estudia sus costumbres, afirma su amistad con los mas influentes y recibe ovaciones y auxilios, pues les aseguró el completo triunfo sobre el tirano de Méjico. Pasó á Cholula, y advertido por la Malitzin, beldad azteca, de que se tramaba una conspiracion contra él y sus tropas, apoyada por un ejército mejicano campado á corta distancia, decretó aquella carnicería, en que solo se respetaron á las mujeres y niños. Por fin se pone en marcha para Tenochtitlan con cuatrocientos peones españoles, diez y seis caballos, y un número considerable de Tlaxcaltecas. Pronto se internaron en las gargantas pintorescas de la Sierra, y sus ojos encontraban mil encantos naturales por todas partes, aunque el frio que venia de las montañas era crudísimo. Estas eran el *Popocatepetl*, ó montaña humeante, la mas alta del continente norteamericano, y la otra el *Ixtlacihuatl*, ó la mujer blanca: las dos eran deificadas por la ignorancia de los Indios, y creian que la diosa blanca dormia profundamente, mientras que vigilaba su amante enrojecido por los celos: la forma natural de la primera corroboraba esta pueril supersticion. Otra tradicion mas terrible los obligaba á creer que en el interior de la montaña existia el lugar donde eran atormentados los tiranos y perversos, y que

sus gritos de desesperacion eran los ruidos subterráneos que se escuchaban, y sus convulsiones de agonía los estremecimientos repetidos. La mente supersticiosa de los naturales estaba herida de mortal pavor con estos absurdos, y así es que no se atrevían á hollar sus faldas, sino que antes bien siempre huían de sus contornos, sobre todo desde el anochecer.

El gran volcan se eleva hasta la altura de 6,085 varas, y otros en sus cálculos científicos la consideran con mas de 19,000 piés sobre el nivel del mar: el limite absoluto de toda vegetacion está á la altura de 4,370 varas, y su último término lo fija el *Ribes odoratum*, especie de zarzamora, y un musgo pálido que crece un poco mas arriba. La gran roca llamada el *Pico del Fraile*, se encuentra á 6,075 varas; la boca del cráter tiene la figura de un óvalo irregular, cuyo diámetro mayor es como de 1,800 varas y el menor como de 1,450, y por tanto tiene mas de una legua de circunferencia: las paredes interiores son casi perpendiculares hasta una profundidad de 280 á 330 varas: el borde de la abertura está mas bajo hácia el Oriente que hácia el Ocaso; el labio del Sur parece muy delgado, pero el del Norte es grueso y mas igual. Esta montaña excelsa, vencedora eternamente del rayo y de los siglos, ha presenciado mil catástrofes, mil pueblos han desaparecido delante de ella: su hermosura es sin igual, y el sol al nacer tiñe sus hielos de diamante de un color de rosicler y oro, y es la última que se despide del astro del día, dejándole aun por un momento una ligera tinta azulosa: es el altar mas bello para adorar á Dios en el inmenso templo de la creacion.

Los caballeros españoles, ávidos de grandes emociones y llenos del espíritu y amor de aventuras que los caracterizaba, desearon ascender á la cúspide de fuego del helado volcan, en cuya ardua empresa los animó Cortés para probar á los Indios la supremacía de su poder, y que ninguna clase de misterios ni de terror bastaba á detener su intrépido pié que se dirigía siempre en busca de peligros nuevos. Diego Ordaz, uno de sus buenos capitanes, en union de nueve Españoles y Tlaxcaltecas acometió la empresa de difícil ejecucion.

La base del volcan estaba poblada de inmensos y frondosos bosques que les cerraban el paso como un ejército de abetos y de encinos resinosos, para impedir su ascension; pero el hacha de los Españoles pronto se abria paso derribando por tierra á los mas fuertes. El huracan no rugia sordo en las oquedades de piedra ni en las espesuras de hojas, pero se veían sus recientes furios en grandes árboles derribados al impulso de sus poderosas alas: largos surcos abiertos sobre la viva roca mostraban el paso de rápidos torrentes, y desde aquella baja zona de verdor sombrío se veían sonrosarse á los rayos del sol las etéreas nieves, y en medio de ellas lanzarse una columna de humo negro. Los Españoles continuaron su marcha, y la vegetacion fué debilitándose por grados. Aquí se quedaron los últimos árboles como temerosos de ascender al cráter, que cual ígnea corona del oscuro averno brillaba rojizo sobre el mar de hielo. Las medrosas aves dejaron poco despues de acompañarlos, y se hallaron solos en un desierto de arenas volcánicas y de manchas de escorias. Ningun insecto, ningun ave, nin-

guna planta, ningún ruido les daba muestras de la vida: parecía muerta la naturaleza; solo se oían en las entrañas del volcan rumores siniestros para hacer perceptible aquel lúgubre silencio tan elocuente, y de vez en cuando el mudo terremoto hablaba como por señas comprensibles ó ademanes marcados en sus estremecimientos. Las nubes eran alfombra de sus piés. Los Tlaxcaltecas no pudieron soportar el pavor y se detuvieron. Pero los intrépidos Españoles continuaron adelante, sufriendo mucho al aspirar aquel aire enrarecido, y arrastrando sus miembros entorpecidos por la fatiga y el frio penetrador y cortante. Si así era tan peligrosa y terrible la ascension, ¿qué hubiera sido si la tempestad hubiera venido á redoblar los horrores sublimes? Ellos seguian gozando con aquel cuadro terrífico. El negro betun corria en anchos hilos cual si fueran las venas de la montaña: las piedras llenas de ampollas, las rocas calcinadas se presentaban á su paso, que á veces se dirigia al borde de los abismos. Llegaron á una inmensa roca perpendicular de ciento cincuenta piés, única defensa natural contra la avalancha que bajase con su blanco sudario de muerte. Siguieron escalando aquellos eternos hielos de diamante, cómplices de os precipicios, y la escena era toda de las regiones polares. Por fin ya cerca del viviente cráter, este arrojaba de su seno inflamado tal cantidad de humo, chispas, cenizas y lavas, descendiendo por los lados de la montaña, que casi dejaba sin la vista y sofocaba. Era demasiado sufrir aun para sus naturalezas de hierro, y á su pesar abandonaron la empresa ya casi en el acto de coronarla. Bernal Diaz afirma que pisaron los crestones del cráter. Esta ha-

zaña, aunque imperfecta, llenó de asombro á los Indios, quienes redoblaron su admiracion por los Españoles, pues veian que las empresas imposibles para ellos, y sus terrores mas fundados, les eran nada mas que objetos de pasatiempo. Como trofeos de su proeza volcánica trajeron grandes canelones de hielo, tan raro en estas regiones tropicales. Esta empresa era eminentemente característica del arrojado espíritu del caballero de aquellos siglos, y demuestra su espíritu quijotesco de aventuras, esa ansia de curiosidad, esa sed de peligros y ese alarde de fuerza y valor de sus privilegiadas naturalezas. Se trasmitió al emperador Carlos V una relacion, y se permitió á la familia de Ordaz que en su blason colocase una montaña encendida, para conmemorar este hecho célebre. Solo Cortés no quedó satisfecho, pues él buscaba la perfeccion en toda obra por ardua que fuese. Verdad es que en lo sucesivo otros han hollado el cráter, pero ha sido cuando el volcan ha estado sosegado: la primacia y el esfuerzo mas resuelto é intrépido es el de Ordaz, que subió al Popocatepetl en estado de erupcion.

## XI.

El ejército pequeño siguió su marcha, viendo desde el dominante camino todo el gran valle de Méjico. Las montañas se agrupaban en forma de anfiteatro como para ver á la Venecia azteca dormida sobre los lagos, y ceñida de una corona de rosas que le tejia la primavera, feliz consorte del invierno, que era la estacion de la época en que llegaron que fué el 8 de noviembre de 1519. Un cielo

azul turquí, un sol de fiesta, una vegetacion de abril, unos lagos de plata los saludaron al llegar al blanco de sus deseos, y Moctezuma en persona con una gran comitiva salió á recibir á Cortés. Despues, ya instalado en la capital, admira la belleza de sus palacios y el adelanto de aquella civilizacion peculiar, y por un acto de consumada politica y de osadía suprema se apodera de la persona del emperador, precioso rehen para mantener atados los brazos de los feroces Aztecas. Obliga á Moctezuma á abjurar de sus creencias, destroza sus ídolos á su vista y lo domina á su antojo.

Entretanto desembarca Pánfilo de Narvaez con fuerzas españolas muy superiores á las suyas, enviado por su enemigo personal el gobernador de Cuba; para no desatender á la capital, deja en ella á Alvarado con toda la artillería y una fuerza numerosa para hacerse respetar de los Mejicanos, y guardar la persona del emperador; mientras él se dirige en busca de su nuevo adversario. Se le acerca en una noche tempestuosa, haciendo combatir á los elementos embravecidos en favor suyo, y asalta y vence en sus mismos reales al enemigo, haciendo prisionero á su jefe, y por medio de la firmeza, de la astucia y del halago los alista bajo sus pendones.

Alvarado, durante la ausencia de Cortés, por un acto de felonía que no guarda paralelo ni con la traicion que se viste el traje de los celos é hizo derramar la sangre de los gallardos Abencerrajes en el patio afligranado de los leones dentro del aéreo alcázar de la Alhambra, da permiso á los nobles Aztecas, para que adornados de sus ricos y extraños trajes, con sus graciosos mantos de plu-

majes sembrados de piedras preciosas y adornados sus cuellos, brazos y piernas con collares y brazaletes de oro, se reunieran en el atrio del templo principal en ocasion de cierta solemnidad religiosa, y cuando estaban descuidados, desarmados y alegres, entregados al bullicioso placer del baile al son discordo de sus rudos instrumentos, con el que alternaban sus cantos religiosos, á una señal concertada, Alvarado y sus soldados se arrojaron con la espada desnuda que heria mas fácilmente los miembros de los Aztecas, despojados de toda armadura. Si huian hácia la puerta, allí eran enclavados por el acero; si intentaban escalar el *cuatempantli* ó muro de serpientes que rodeaba el atrio, eran alcanzados por las largas picas de los Españoles. Ninguno de aquella turba antes tan alegre escapó con vida. Murió la flor de la nobleza azteca, y este fúnebre acontecimiento se conservó por medio de melancólicos romances que manifestaban el luto y desolacion que causó entre las familias mas distinguidas, que casi no hubo una sola que no tuviese que lamentar la pérdida de algun deudo.

Una justa indignacion estalló pronto entre los Mejicanos, que atacaron con furia la residencia de los Españoles, y estos se vieron tan comprometidos, que su jefe se vió obligado á mandar pedir auxilios por escrito á Cortés, quien entró en *Tenochtitlan* de vuelta de su expedicion afortunada el 21 de junio de 1520 con noventa y seis caballos, mil y trescientos Españoles y dos mil Tlaxcaltecas, y al punto reconvinó á Alvarado por su insensata conducta; pero fueron inútiles sus esfuerzos para apaciguar á aquel pueblo indignado. En uno de los mas recios asal-

tos fué obligado Moctezuma á subir á la torre central del palacio y se vistió para ello sus regias vestiduras: caía sobre su espalda el *tilmatli* ó manto azul y blanco, y lo llevaba atado con un rico broche del verde *chalchihuitl*. Varios adornos de oro de bellas labores ornaban otras partes de su vestido. Cubrían sus piés sandalias de aquel metal, y ceñía su frente el *copilli* ó diadema mejicana, semejante en su forma á la tiara pontifical. Así se presentó á su pueblo, acompañado de una guardia de Españoles y de varios nobles Aztecas, y precedido de la vara dorada símbolo de la soberanía: al verlo todos sus súbditos se sorprenden, y unos se postran en tierra, otros doblan la rodilla y cesan al instante los discordes sonidos de los instrumentos de guerra. Entonces él se aprovecha del silencio arengándolos para que depongan toda actitud hostil. Cuando escuchan estas palabras, un sordo murmullo se levanta, y se escuchan varios insultos á su persona: un jefe azteca de alto rango asesta su arco contra el emperador, y no bien hubo hecho este movimiento cuando una lluvia de piedras y flechas fué á dar sobre Moctezuma, quien recibió varias de las primeras en su cuerpo, y una pedrada en la cabeza que lo hizo rodar sin sentido. El pueblo se horroriza de su acción regicida y se dispersa al instante por la ciudad.

## XII.

Los puentes son cortados; les interceptan toda clase de víveres, estableciendo un sitio riguroso. Cortés conoce el peligro, y se decide á abandonar la ciudad; pero antes

ataca á quinientos guerreros mejicanos que se posesionan de la cúspide del *teocalli* mayor, y desde allí hostilizan á los Españoles con toda clase de proyectiles. Escoge el héroe á sus mejores soldados, sube las escaleras reluchando, y sin armas de fuego, aquel combate cuerpo á cuerpo debe decidirlo la fuerza muscular, la agilidad y el acero. Pelean unos y otros por su religion; y los sacerdotes indios corriendo de un lado á otro, ondeando sus desordenados cabellos sobre sus negros mantos, con ojos despavoridos y facciones desencajadas, parecían estar suspensos en las nubes como otros tantos demonios de las tinieblas que incitaban á la matanza. En este circo aéreo se ven los variados grupos de combatientes como modelos del cincel valiente de un estatuario. Dos nobles aztecas, con la abnegacion de los defensores del paso de las Termópilas, se abalanzan á Cortés y con nervudos brazos lo ciñen y arrastran al borde de la altura para precipitarse con él y libertar á su patria de su mas terrible enemigo; pero el héroe se desprende de uno á quien arroja desde lo alto, y el otro perece bajo su acero. Toda la poblacion contemplaba desde las azoteas, como adecuado anfiteatro, aquella lucha desesperada que duró tres horas, y en la que fueron destruidos todos los Aztecas; pero los Españoles dejaron cuarenta y cinco muertos, y casi los demás salieron heridos ó lastimados, y como complemento de la victoria, fueron destrozados todos los ídolos que se hallaban en aquel recinto.

## XIII.

Pero el tiempo vuela, los riesgos crecen, los víveres menguan, y Cortés se decide por fin á abandonar la ciudad. El 1º de julio se emprendió aquella lúgubre retirada, habiéndose antes construido un puente portátil para atravesar tres grandes canales, y por no haber aumentado su número en esta proporcion tuvo lugar el trágico suceso. Se encomendó la vanguardia á Sandoval; regia el centro Cortés mismo, y la retaguardia era gobernada por Alvarado y Velazquez de Leon. Su marcha era callada en el silencio de la noche, y noche fria, oscura y lluviosa. Los sacerdotes que velaban en la altura de los templos fueron los primeros en percibir la retirada fugitiva á la luz de un relámpago, cuando pasada la calle de Tlacopan, tocaban ya al primer canal; entonces comenzaron á sonar el enorme tambor en el desierto templo del dios de la guerra, como en las grandes calamidades, y todos acudieron al toque de alarma. De repente se vieron los Españoles rodeados de enemigos que parecian brotar las aguas y la tierra. Se siguieron combates desesperados; pero las tinieblas, la ignorancia de los sitios, la repeticion de los canales introdujo el desconcierto entre los cristianos. Su salvacion consiste en salir de aquel laberinto de fosos, y los jefes dan el ejemplo arrojándose al agua: los sigue una parte de sus soldados, y unos á nado y otros asidos á las crines y colas de los caballos ganan la parte opuesta; otros quedan para siempre en el fondo. Cortés, Sandoval, Morla y otros caballeros llega-

ron á la tierra firme con muchos de los suyos; pero al saber que la retaguardia casi estaba perdida, por un sentimiento de hidalguía y honor, vuelven la brida á sus caballos para dirigirse á una muerte casi segura; algunos no volvieron. Alvarado solo, con su caballo muerto, se revuelve por todas partes reluchando. Detúvose por un momento al borde del canal dudando qué partido tomar. Las aguas estaban llenas de canoas enemigas, donde lo aguardaban para hacerlo prisionero y sacrificarlo á sus ídolos. Nuevos Aztecas afluan por la calzada reforzando el número de enemigos y cubriendo sus pérdidas. Solo tenia un instante para resolverse. La grandeza del peligro elevó en grado correspondiente la elasticidad y potencia de su robusta constitucion, y con un esfuerzo sobrenatural y una agilidad sorprendente, apoyando fuertemente la punta de su larga lanza en los escombros que llenaban el canal, y haciendo un impulso con todas sus fuerzas reunidas, lo salvó de un salto. Admirados los Aztecas y Tlaxcaltecas de esta hazaña increíble, exclamaron: « Este es verdaderamente el *tonatiuh*, el hijo del sol. »

Por último se fueron reuniendo poco á poco en Popotla los que quedaron con vida, y allí bajo el excelso *ahuehuell* que aun existe, como anciano cronista de la catástrofe, deploró Cortés la suerte de tanto útil y querido compañero de armas; pero algo lo consoló el tener á su lado á la *Malitzin*, belleza azteca, favorita de él, que fué de tanta utilidad á los Españoles como á los Aztecas. Murió Velazquez de Leon, y con él trescientos españoles, mil Tlaxcaltecas; se perdió la mayor parte de los бага-

jes, los tesoros, muchos caballos y toda la artillería. Este suceso dejó para siempre negras huellas, taciturnos recuerdos é impresiones pálidas y desfiguradas en el ánimo de los conquistadores, que lo llamaron desde entonces la *Noche triste*, con que conoce la historia esta elegía viva y natural.

## XIV.

El ejército pequeño con su esforzado caudillo siguió su marcha que dirigian los Tlaxcaltecas, como guías expertos, por Tlacopan, Atzacapotzalco y Otoncalpolco, moviéndose hácia Quauhtitlan y Citlaltepec, y despues de siete días de hambre y fatigas, llegaron á la vista de las misteriosas pirámides de San Juan Teotihuacan, émulas de las egipcias. Estas últimas en las guerras modernas hicieron prorumpir á un jóven é impertérrito general, con estas palabras de gloria: « Desde esas pirámides os están contemplando cuarenta siglos; » las que dieron la victoria á los cuadros franceses, vivientes ciudadelas, contra las cargas de la caballería árabe, impetuosas como el *simoun* de los desiertos del África. Cortés con su ademan muestra á su tercio los templos del sol y de la luna, y es mas enérgico con ese silencio sublime, que quiere decir: « Si no triunfamos, nuestras vidas serán sacrificadas en templos como estos, ante los ídolos inmundos. » Aquellas ruidosas palabras son la voz del entusiasmo y del honor; en este silencio frio y elocuente hablan la abnegacion heroica y la bravura desesperada. En ambos casos se revelan suficientemente las situaciones, los tiempos y los

caracteres. Si antes las pirámides de Egipto pregonaban el poder de los Faraones, los ha despojado Napoleon de ellas para hacerlas monumentos de su genio colosal y del valor francés. Los inmensos *teocallis* de Teotihuacan son los eternos obeliscos de la victoria de Otumba.

Al descender de los cerros se veía la llanura como si estuviese cubierta de una gran nevada, que así eran de innumerables las cotas de algodón de los Aztecas: este cuadro bastaria á resfriar el valor mas bien probado; pero no así el de los Españoles, que veían en los combates una especie de gimnástica del cuerpo, y su alma en la muerte nada mas que una consecuencia de la vida, y un modo noble y digno de evitar el darla en sacrificio á las enfermedades ó como víctima de una vejez achacosa. Cada jefe indio hacia alarde de su pompa agreste y militar equipo. Se veían oriflamas vistosas, bruñidos escudos, cascós fantásticos, el *maquahuítl* ó espada de obsidiana, y selvas de lanzas; todo mezclado y agitándose enfáticamente como á las órdenes de la muerte. Por fin los Españoles pusieron su intrépido pié en el llano, y el enemigo se dividió en dos partes para dejarlos llegar hasta el centro y luego ahogarlos con sus dos formidables brazos. Pero los cristianos presentaron un escollo de hierro á aquel mar de guerreros. No se oía el trueno del cañon, ni el estrépito del arcabuz; solo el crujido del acero. Los Aztecas atacaban con furia, y despues de pagar un tributo de sangre al valor de los Españoles, se retiraban perseguidos por la caballería, que á su vez cejaba al choque de los innumerables y apretados batallones enemigos. Se respiraba un momento. No mas entonces se veía á



Sandoval, que solo, en su brioso caballo se arrojaba sobre los contrarios, venciendo á los mas esforzados, y en esos momentos era el único que sostenia la batalla contra todo el ejército enemigo semejándose al dios fabuloso de la guerra, y regocijándose como si estuviese en su elemento natural.

Pero los Españoles se engolfaban mas y mas en aquel océano de hombres; todos casi estaban heridos, aun el mismo Cortés, quien viendo muerto su caballo, se vió obligado á tomar otro; la pérdida de sangre los obligaba á flaquear, los caballos retrocedian espantados á pesar de los jinetes, la refriega habia durado ya algunas horas, y la destruccion de los cristianos era solo cuestion de tiempo. Los enemigos recibian tropas de refresco y redoblaban sus ataques para acabar con aquel grupo de bravos. Cortés olvidando por un momento la manera de aumentar la carnicería sobre el enemigo, conoce que antes de destruir la cuarta parte de él, las fuerzas de los suyos se habrán agotado, y su perdicion será horrorosa é indefectible; así es que busca por otro camino la victoria. Levantóse sobre los estribos para dominar mejor á los contrarios, y alcanzó á ver á lo lejos un jefe que reconoció debia ser el primero entre los Aztecas. Iba cubierto con un manto de plumaje y un penacho de hermosas plumas de colores engastadas en oro y cubiertas de piedras preciosas, que en su cabeza ondulaba. Se veia por su espalda una pequeña asta que llevaba una red de oro por pendon, con que se calificaba el grado de general entre los Mejicanos. Este era el cacique Cihuaca, que venia en una litera, y una guardia de nobles aztecas lo circundaba, notables por

el vigor de la juventud, la riqueza de los trajes y la bélica apostura.

No bien fijóse la vista de águila de Cortés sobre este personaje, cuando brilló una súbita inspiracion y la esperanza de victoria en su rostro. Rápido se dirige á los caballeros que lo acompañaban, entre quienes se contaban Sandoval, Alvarado, Olid y Ávila, y señalándoles al jefe, les dice: « Allí está nuestro blanco; » seguidme y ayudadme. Luego hiriendo los ijares del caballo, al grito de guerra, se abalanza hácia él, como el león á su presa. Los primeros enemigos son aplastados bajo los ferrados cascos de su caballo; los otros derribados por su lanza, hasta que alcanzó al jefe azteca, y lo hizo rodar con un golpe de aquella su arma; entonces un jóven caballero, Juan Salamanca, que iba á su lado, salta del caballo y apoderándose del pendon lo pone en manos del héroe. Todo pasó como un relámpago. Desconcertada la guardia por el tremendo asalto, huyó esparciendo un terror pánico en el ejército, porque aquel suceso inesperado hirió sus mentes supersticiosas mas accesibles que sus unidos y firmes batallones. En confusion y atropellándose unos á otros abandonaron el campo de batalla. Esta fué la famosa batalla de Otumba ú Otompan, dada el 8 de julio de 1520, contra un ejército de doscientos mil mejicanos, que perdieron en el combate unos veinte mil hombres.

Las consecuencias de esta victoria fueron inmensas; ellas dieron la fe ciega en su superioridad á los Españoles, cuando las circunstancias eran tan aciagas, y para que no la refiriesen á sus armas de fuego, sino á la inteligencia contra la fuerza, á la civilizacion contra la barbarie,

á la Cruz del Gólgota contra los idólos de barro. Los Indios por el contrario se cercioraron mas y mas en que aquellos hombres blancos eran los que debían venir del Oriente á someterlos, conforme á sus misteriosas profecias, y por último sirvió tambien para afirmar la alianza con los Tlaxcaltecas, indispensable al buen éxito de la guerra.

## XV.

Al otro día siguió el ejército pequeño su marcha hasta llegar á Tlaxcala, donde fué perfectamente recibido, y donde Cortés sanó de su herida peligrosa. Sus soldados entonces estuvieron á punto de abandonarlo, como una que otra vez antes al considerar las dificultades de la conquista, y deseaban pasar á Veracruz ó las islas para aguardar socorros. Pero su caudillo por medio de su elocuencia persuasiva y de su ascendiente noblemente adquirido, logró disuadirlos, y por primera vez tembló no ante el peligro, sino por abandonarlo, pues que así se le disipaba como humo la gloria de la conquista. De Tlaxcala pasó, para entretener á sus tropas, á hacer la guerra á Tepeyacac, Quauquechollan, Itzocan, Talatzinco, Tecamachalco y Tochtepec.

Cortés emprendió su marcha para Texcoco el 28 de diciembre de 1520, y se ocupó en varias operaciones militares en los alrededores de la capital en que el triunfo siempre fué fiel á sus pendones. Mandó construir bergantines con los restos de los antiguos que mandó traer, y el 28 de abril se botaron al agua. Un mes despues hizo la distribución de sus fuerzas para obrar decisivamente sobre

los Mejicanos, y dio á Alvarado treinta caballos, ciento sesenta soldados españoles, con tres capitanes, veinte y cinco mil tlaxcaleses, dos cañones y veinte y cinco mil aliados, y le ordenó que ocupase á Tlacopan: á Gonzalo Sandoval con veinte y cuatro caballos, ciento sesenta y tres soldados españoles, con dos capitanes, dos cañones y mas de treinta mil aliados lo destinó para que se apoderase de Iztapalapan, y él en persona tomó el mando de los bergantines.

Cortés despues, con quinientos españoles y ochenta mil aliados y las fuerzas de Alvarado y Sandoval, dió el primer ataque, entrando en la ciudad á viva fuerza; pero se vió obligado á retirarse despues de grandes destrozos. Desde entonces datan los asaltos frecuentes, con un ejército que ya ascendía á doscientos mil hombres; pero la heroica defensa de los Aztecas cada vez era mas vigorosa, y nada adelantaban los sitiadores. Habian trascurrido ya veinte dias de continuas refriegas aceleradas, cuando el héroe, deseando dar un golpe decisivo, ordenó secretamente á Sandoval y Alvarado que hiciesen una retirada falsa de su campamento de Tlacopan, para que los Mejicanos, enorgullecidos de su superioridad, los persiguiesen, y él pudiera entrar con sus tropas en la capital debilitada en su guarnicion. Pero los Mejicanos comprendieron el ardid, y ellos se sirvieron de él en su favor, pues abandonando sus trincheras, para que los Españoles las tomasen, como lo efectuaron, y luego cargando sobre ellos, los derrotaron. En esta retirada dieron con un foso en apariencia cegado, pero era una especie de mina acuática á la manera azteca, preparada en esta singular guerra,

pues estaban las aguas cubiertas de juncos y yerbas, con tal arte, que parecia terreno firme, y los que pusieron confiados sobre él su pié se hundieron sin remedio. Una parte considerable del ejército aliado cayó en la cortadura, lo que vino á aumentar el desórden, pues unos retrocedian azorados, otros nadaban por salvarse, y muchos perecieron ahogados. Cortés los animaba con su voz y ejemplo, para resistir al enemigo que los estrechaba, aprovechándose en gran manera de esta ventaja; pero los Mejicanos lograron hasta apoderarse de su persona, y ya lo conducian algunos en triunfo para sacrificarlo á sus dioses, cuando fué libertado por uno de sus soldados, el intrépido Olea, que separó del tronco el brazo que mas fuertemente lo asia al golpe de su acero; contribuyendo tambien á su salvacion, con este acto de audacia de que dependió el éxito de la compañía, Ixtlixochitl, príncipe de Texcoco ó Tezcuco, y Tecamatzin, esforzado tlaxcalés. Con trabajo se replegó el ejército aliado á su campamento, y su general salió herido de una pierna. Esta victoria redobló el brio de los Mejicanos, mandados por Guatimoc, sucesor de Moctezuma, y aunque era jóven descollaba por su valor indómito y su constancia incontrastable.

Un general tlaxcalés hizo una entrada á la ciudad fatal para los Mejicanos, y despues los combates siguieron sin intermision, y aunque con lentitud se iba notando la superioridad de las armas aliadas; hasta que despues de quemarles muchas casas los aliados para evitar que desde allí los ofendiesen en sus continuas acometidas, en el ataque del 24 de julio se tomaron unas tres cuartas partes de la ciudad, y el enemigo solo pudo conservar el rumbo

de Tlaltelolco, y en él continuó su bárbara defensa. Cortés les intima por varias veces que se rindiesen, pero Guatimoc lo rehusa, y cuando se halló estrechado y sin víveres, sin auxilios, casi sin fuerzas, todavia no se rendia. En el último ataque murieron quince mil personas, contándose en el número hombres, mujeres y niños.

El 13 de agosto de 1521, el tercer año del segundo periodo del siglo mejicano, ciento noventa y seis años despues de su fundacion, y á los dos años, tres meses, veinte y tres dias de haber comenzado esta grandiosa empresa, Guatimoc fué hecho prisionero con su familia en las aguas del lago, pues Cortés encargó á Holguin que las vigilase con el mas velero bergantin, temiendo que por allí se le escapase el heróico defensor de *Tenochtitlan*.

## XVI.

Parece que la Realidad en la conquista de Méjico ha prescrito á los acontecimientos las reglas del arte mas severas. Desde el primer desembarco de los Españoles en el suelo, sus subsecuentes aventuras, sus batallas y negociaciones, su ruinosa retirada, su reunion y final sitio, todo tiende al grande resultado, hasta que se cierre la larga serie con la caida de la capital. Vienen á dar un lustre brillante al cuadro los variados episodios, los pintorescos trajes, la peculiar civilizacion, y el teatro hermoso de la naturaleza. Ni falta el amor, pero en el grado debido para la armonia artistica, pues el héroe no se ve avasallado por la beldad india, sino que es mas bien su descanso y el ángel de guarda del ejército. Magnífica